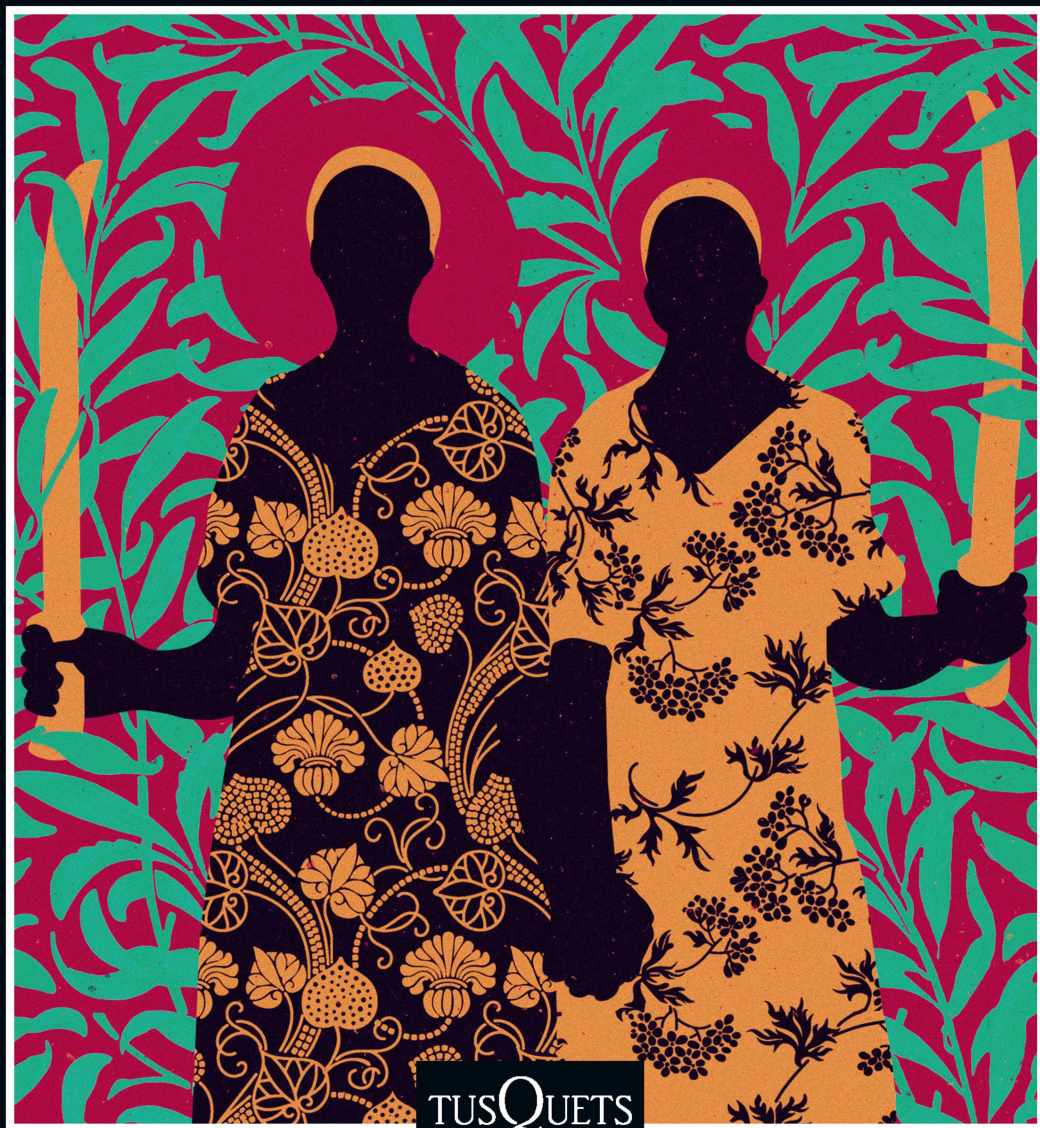


Itamar Vieira Junior

TORTUOSO ARADO

Traducción Felipe Cammaert

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ITAMAR VIEIRA JUNIOR
TORTUOSO ARADO

Traducción de Felipe Cammaert

TUSQUETS
EDITORES

Yo corría entre los papiros, enredaderas y caguasos que crecían al borde de las ciénagas y que abrían heridas profundas en mi piel seca. No salía sangre, ni tampoco pus. Por mi cuerpo solo escurría el sudor que empapaba mi ropa, que empapaba la tela que me sostenía los senos. La canoa se deslizaba por sí misma como un lirio acuático hasta que el Veião se la tragaba, desapareciendo en un remolino de agua tan oscura como el color de mi piel. Corría en medio de la vieja catinga con sus altos árboles, buscando el camino hacia la casa, cuando la piel de mis brazos se quedó enganchada en algunas partes en espigas de cumare. No era de día ni de noche, y la tierra me quemaba los pies por el calor que de ella emanaba. De repente, irrumpió un hombre bien vestido, de piel blanca, montado en un caballo del mismo color, sonriendo y cerrándome el camino por donde yo corría. Yo intentaba escapar por otros lados, gritaba, pero todo estaba cercado. El alambre brillante como la plata envolvía la tierra y solo había cumares, cactus *mandacarus*, palmas, jaguas y palos secos. No podía volver a casa. Entonces, vi una piedra que irradiaba luz y resplandecía como una joya. Puse la

mano sobre la piedra. Lo que de lejos parecía una piedra era, de hecho, un pedazo de marfil enterrado en el suelo, tan pesado como el mundo entero. Intenté levantarlo con las dos manos hasta que el marfil afloró, con un metal pulido pegado brillando; era el cuchillo de Donana, que había estado perdido, pero que ahora volvía a mis manos. El mismo cuchillo que, de un impulso, había retirado de la boca de Bibiana para repetir ese gesto, en esa edad en la cual queremos ser como nuestros hermanos mayores, sin darme cuenta de que salía sangre de la boca de mi hermana. Sin darme cuenta del peligro del filo de la lámina, que producía un violento resplandor. El fulgor que me arrancaría la lengua. Desde entonces me encerraría, sin palabras, avergonzada por lo que me había hecho a mí misma, como el alambre que me cercaba en ese terreno frondoso. Cuando saqué el puñal de mi abuela de la superficie seca vi que sangraba, y un río rojo comenzó a correr por la tierra.

Durante años desperté, en medio de la pesada noche, empapada de sudor, tras ese mismo sueño, que transcurría de muchas maneras, pero siempre con ese hombre bien vestido, la cerca, el puñal de Donana y la sangre que brotaba del suelo. El único sentimiento placentero que me dejaban esas imágenes era que yo gritaba, que hablaba hasta por los codos, algo que hacía muchos años ya no hacía. En la noche en que Bibiana se fue de la casa, ese sueño se repitió tal cual. Y quizás fue por eso que me puse a contármelo a mí misma de esa manera. Cuando desperté, ahogada, me di cuenta de que el lugar en el que mi hermana dormía estaba vacío. Me levanté para tomar agua y no la encontré en la casa. Si ella hubiera salido al

jardín a hacer sus necesidades, habría dejado la puerta abierta. Entonces abrí yo la puerta y Fusco, que estaba acostado, se aproximó a mí, cojeando, buscando las caricias de mis manos.

Pero me bastó volver al cuarto y buscar la maleta vieja y rota de mi abuela para entender que Bibiana nos había dejado. Ya sus ojos no podían disimular sus intenciones cuando había entrado de repente en el cuarto, mientras ella guardaba su ropa en la maleta de cuero desgastada. Era evidente que estaba planeando un viaje secreto. Yo habría podido hacer como ella, cuando me descubrió con Severo bajo el ombú en una noche de *jaré*. Habría podido endulzarle los oídos a mi mamá para que le propinara la misma zurra que me dieron a mí por cuenta de la mentira que mi hermana inventó sobre mi primo y yo. Pero ya había pasado tanto tiempo que no quería verla llorar, ni tampoco quería sentir que estaba resucitando algo que ya pertenecía al pasado. Todo eso estaba cicatrizado. No quería que ella sintiera rencor hacia mí, de la misma forma que yo había quedado amargada con lo que me pasó cuando no me pude defender de las acusaciones de haber estado besando a Severo, cuando lo que en realidad estábamos haciendo (yo tenía apenas doce años) era admirar las luciérnagas en la noche, lejos de las luces de la casa.

Después de esa revelación, que para mí no alcanzaba a ser una sorpresa, se produjo una conmoción que solo había presenciado años atrás cuando me mutilé. Al ver a Salu hecha añicos con la actitud de Bibiana, cuando salió en medio del silencio de la noche como una mujer cualquiera, me sentí culpable por no haberle contado a mi mamá, por no haberla llevado con mis propias manos

hasta la maleta de Donana, hasta la ropa de Bibiana, por no haber hecho público lo que había visto días antes. Más tarde me dije a mí misma que, con esa actitud, lo único que yo quería era darle una oportunidad a mi hermana para que reflexionara sobre el sentido de lo que estaba haciendo. Al ahorrarle esta situación, quería decirle que la necesitaba a mi lado, que tenía que quedarse con nosotros. Que si las náuseas que ella sentía, la irritación por el calor y la falta de lluvia, los ojos desbordantes de rencor hacia Sutério por haberse llevado las batatas sin que nuestro padre hubiera hecho nada para detenerlo, en una evidente ausencia de control producida por su barriga, que si todo ello constituía un motivo para querer irse de Água Negra, entonces no era necesario hacerlo. Quería que pensara mejor antes de tomar cualquier decisión errada; que nuestros padres podrían molestarse al principio, pero que nunca dejarían de acoger al bebé. Ante el daño consumado, ya no intentarían alejarla más de Severo. Ella ya era una mujer, y tal vez por esa razón mi mamá ya no le pegaba, como sí lo hacía conmigo. Ella ya no era una niña, y no iba a tratar de torcerla como a un pepino, como sí había hecho conmigo. Pero dudé que Bibiana fuera a ejecutar el plan que había adivinado en sus ojos.

Tras su partida, vino un periodo de calma. Vi a mi papá concentrado en el cuarto de los santos, probablemente comunicándose con los encantados para tener noticias de su hija. Para que las velas, hojas, inciensos y letanías le permitieran entrever el destino de Bibiana y Severo, a quien él quería mucho y a quien trataba como a un hijo pues veía en él una energía de líder que no veía en nadie más. Mi papá intentaba reconfortar a mi mamá, que a

menudo caía en la tristeza y el llanto. De igual manera, mi papá animó al tío Severo y a la tía Hermelina, que estaban desconsolados con la partida de su hijo mayor, quien, además de todo, se había llevado a su prima menor de edad. También vi a mi papá prohibir que se hablara de lo que había sucedido, tanto en la casa como entre los vecinos. No lo hacía por animosidad, sino porque le parecía deshonesto hablar mal de cualquier persona ausente. Mi intuición era que él quería que siguiéramos apreciando a Bibiana aunque ella hubiera quebrado la lealtad que regía el universo de nuestro hogar. A pesar de ser un líder entre la gente que vivía en Água Negra, mi papá se negaba a ser juez en este caso y estaba convencido de que cualquier persona podía redimirse de sus errores.

Unas semanas más tarde llegaron las primeras nubes de lluvia, y de la tierra emanaba un frescor que los trabajadores calificaban como una ventura. Decían que bastaba cavar un poco el barro seco para sentir que la humedad llegaría, para sentir la tierra ya más fría. Era la señal de que el tiempo de sequía estaba llegando a su fin. Las primeras gotas de lluvia no tardaron mucho en caer y, a pesar de la tristeza en la que se había sumido nuestra casa con la partida de Bibiana, mi mamá sonrió y acomodó los toneles para que se llenaran de agua. Vi cómo las mujeres de la hacienda entonaban sus cánticos con más fuerza por los caminos mientras iban al río crecido a lavar la ropa, o cuando cargaban sus azadones para deshierbar o para hacer la quema en el terreno en el que harían sus sembrados. Los hombres solo pudieron unirse a las mujeres después de tener que limpiar el terreno en el que crecerían los sembrados de los dueños de la hacienda.

La lluvia era cada vez más fuerte y más duradera, y con ella llegaban los colores misteriosos del cielo, de los animales y de la gente que vivía en Água Negra. Francisco Peixoto, el heredero mayor de la familia, volvió a aparecer con más frecuencia por la hacienda, y entonces Sutério le bajaba un poco al tono frente al dueño, guardando su valentía para cuando él no estaba presente. A veces su patrón Francisco nos saludaba y otras veces fingía que no nos veía. La hacienda no tenía una quinta de descanso, únicamente existía el galpón en donde se guardaba la producción y en donde, cuando no podíamos ir a la ciudad, comprábamos los víveres a precios mucho más altos que en el mercado. Yo siempre oí a los trabajadores decir que en la hacienda nunca hubo una quinta porque la familia Peixoto tenía otras haciendas en la región, más grandes y más productivas que Água Negra, y que ellos residían en alguna de esas propiedades.

Por esos días, incluso antes del día de San José, el alcalde había inaugurado la escuela, cuya construcción —hecha con tejas de cerámica que ninguna casa de trabajador podía tener— se había concluido durante el verano. El edificio recibió el nombre de Antônio Peixoto, el papá de los Peixoto. Un hombre que, según decían, había sido el propietario de la hacienda sin nunca haber puesto los pies allí. Todos los habitantes de Água Negra estuvieron presentes en la inauguración: las mujeres, con pañuelos en la cabeza; los hombres, con sombrero y azadón en mano; los niños, felices por el acontecimiento. La escuela era una pequeña construcción con tres salas y sin el tal baño que, de hecho, no existía por estas tierras. De la familia Peixoto también se hizo presente la

hermana mayor, a quien nunca había visto por ahí, una señora gorda y muy blanca que en ningún momento dirigió su mirada hacia nosotros. Mientras el alcalde hablaba, ella se cubría los ojos con un pañuelo. Cuando retiraron el papel que cubría la placa con el nombre de su papá fallecido, casi se desploma; entró en un llanto compulsivo y sus hermanos tuvieron que sostenerla para que no se acabara de desmoronar en el suelo. No hubo ni una palabra de agradecimiento para mi papá quien, en la noche en que se había celebrado el *jaré* de Santa Bárbara, había solicitado, casi que ordenado, que se cumpliera la promesa de construir una escuela, promesa hecha a la Santa en el pasado. Pero mi papá estaba ahí, de pie entre los primeros de la audiencia, teniendo a Domingas por la mano y al lado de mi mamá, con una expresión de satisfacción. Ese olvido poco importaba; yo habría podido adivinar en su rostro la lucha que había mantenido, con la ayuda de las fuerzas de la encantada Santa Bárbara, para que tuviéramos una vida distinta de la suya, para que no fuéramos analfabetas. Mi papá ni siquiera sabía firmar con su nombre e hizo lo que estaba a su alcance para que hubiera una escuela en la hacienda, para que aprendiéramos escritura y matemáticas. Lo escuché muchas veces mientras intentaba convencer a un vecino, quien no quería que sus hijos fueran a la escuela. Este vecino hasta podía estar de acuerdo con que su hijo fuera a la escuela, pero decía que la niña no necesitaba aprender nada relacionado con el estudio. Incluso contrariando la opinión de su compadre, mi papá lograba que su pedido fuera acaudado; así de grandes eran la consideración y el prestigio que derivaban de su posición de líder.

Tuvo que pasar algún tiempo más para que mandaran a una nueva profesora en remplazo de la que antes daba clases tres veces por semana en la exigua sala de la casa de doña Firmina. Todas las mañanas, a camino hacia la escuela, yo veía las copas verdosas de los ombúes, los cactus *mandacarus* florecidos y la lluvia fina que seguía cayendo incluso después de la San José. Pensaba en Bibiana y Severo, me preguntaba si por donde andaban la lluvia también caía, si habían encontrado refugio en alguna hacienda o en alguna ciudad distante. Me preguntaba si los caminos los habrían llevado hasta la capital.

En la escuela, mi vida se volvió una pesadilla sin Bibiana a mi lado para ayudarme. Desde el comienzo, mi mamá le informó a doña Lourdes, la nueva profesora, sobre mi mudéz. Al principio ella fue cuidadosa y bastante generosa para enseñarme los contenidos. En ese momento yo ya sabía leer, más que todo gracias a los esfuerzos de mi hermana mayor y mi mamá que por el trabajo de la profesora impaciente que daba clases en la casa de doña Firmina. Para mí, eso era suficiente. Contrariamente a Bibiana, quien decía que quería ser profesora, a mí lo que me gustaba eran los sembrados, la cocina, hacer aceite y despulpar el moriche. No me importaban ni las matemáticas, ni mucho menos la escritura, que doña Lourdes enseñaba. No sentía ningún interés por sus clases, en las que contaba la historia del Brasil, en las que hablaba de la mezcla entre indios, negros y blancos, de cuán felices éramos y de cómo nuestro país era afortunado. No me aprendí ni una línea del Himno Nacional; no me serviría de nada, porque yo no podía cantar. También me di cuenta de que muchos otros niños no se habían aprendido la letra; estaban con la mente en la comida o en la

diversión que se estaban perdiendo al borde del río, y tampoco tenían paciencia para oír esas historias fantásticas y tediosas sobre los héroes coloniales, y luego sobre los militares, sobre las herencias de los portugueses y sobre muchos otros temas que no tenían mucho que ver con nosotros.

Mi apatía no hacía sino crecer. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el tiempo en esa sala ardiente, escuchando a esa señora de manos finas y sin callos, con un perfume tan fuerte que parecía aromatizar la escuela en los días de calor. Yo miraba el tablero verde, las letras entremezcladas, bonitas pero formando palabras y frases difíciles que no me entraban en la cabeza, y mientras tanto pensaba en mi papá en la vega del río encontrando algo nuevo en la tierra para cuidar, o en mi mamá manteniendo el jardín, cuidando los animales o cosiendo. Y parecía que todas esas horas soporíferas nunca más acabarían para que yo pudiera volver a la casa. No podía impedir que la imagen de Bibiana apareciera en mis pensamientos en medio de ese salón, seguramente interesada en la clase, cercana a la profesora, intentando que yo también me interesara por todas esas cosas. Mi apatía venía también del hecho de ver que había niños y niñas mucho más jóvenes, algunos de ellos dispuestos a aprender, leyendo en voz alta pero con muchos errores, y que doña Lourdes los interrumpía a cada dos palabras para corregir la pronunciación. Yo podía leer, seguía la escritura y lograba identificar algunos de los errores de pronunciación gracias a lo que había aprendido antes. Domingas y Zezé también iban a la escuela pero en otro turno, pues habían establecido diferentes horarios en

función de los niveles. A lo mejor su compañía hubiera podido animarme un poco. Yo me preguntaba si en ese mismo instante mi hermana tendría un libro o un aza-dón en sus manos, y si todavía soñaba con ser profesora. Comparaba nuestras ambiciones y concluía que quizás por ser tan distintas en ese punto era que nuestro vínculo era tan equilibrado.

Un día inventaba un dolor de cabeza; al otro, un dolor de barriga. Y, poco a poco, fui haciendo valer mi deseo de volver al trabajo en los sembrados y en la casa. Olvidé el cuaderno y los lápices en un rincón de mi cuarto y, aunque estaba consciente de la desilusión de mi papá ante mi falta de interés por la escuela, hice valer mi voluntad. Si el pretexto para no ir a la escuela había sido el dolor de cabeza, justo después de la hora de inicio de las clases mi malestar desaparecía, y entonces me juntaba a mi mamá en la cocina para preparar el almuerzo, o me armaba de un balde para ir al borde del río y traer el agua que necesitábamos para regar el jardín. Tras mucha frustración, mi mamá ya se había conformado; a fin de cuentas, yo ya sabía leer y escribir lo necesario y hacía la lista de compras mejor que ella. También sabía hacer cuentas simples. Su corazón estaba en paz. Por lo demás, tendría que concordar conmigo en que mi futuro no podría ser mejor; al fin y al cabo, yo no podría dar clases en Agua Negra ni en ningún pueblo o ciudad próximos. En los alrededores no había noticias de una profesora muda. En lo más íntimo de su ser, mi mamá sabía que yo no podría enseñar si de mi boca no salían palabras; que era mejor que siguiera mi destino en los sembrados, el jardín y la cocina, por la ciénaga, el camino y el mercado,

para que cuando ellos estuvieran ausentes pudiera arreglármelas sin su ayuda.

Poder estar al lado de mi papá era mejor que estar con doña Lourdes, con su perfume repugnante y sus historias falsas sobre la tierra. Ella no sabía por qué estábamos allí, ni de dónde venían nuestros padres, ni lo que hacíamos, dado que en sus palabras y textos solo había historias de soldados, profesores, médicos y jueces. Yo tampoco aguantaba más las risitas de los niños cuando repetían hasta el infinito que yo no hablaba. Algunos hasta me pedían que abriera de par en par la boca para ver lo que no tenía adentro.

Con Zeca Chapéu Grande me metía en las trochas del monte para aquí y para allá, mientras aprendía sobre hierbas y raíces. Aprendía sobre las nubes, sobre cuándo caería o no llovía, sobre los cambios secretos que el cielo y la tierra vivían. Aprendía que todo estaba en movimiento, algo completamente distinto de las cosas sin vida que la profesora mostraba en sus clases. Cuando mi papá me miraba y decía «el viento no sopla; él es su propio soplido», todo tenía sentido. «Si el aire no se mueve, no hay viento; si la gente no se mueve, no hay vida», se empeñaba en enseñarme. Atento al movimiento de los animales, de los insectos y las plantas, él iluminaba mi horizonte cuando me hacía sentir en el cuerpo las lecciones que la naturaleza le había enseñado. Mi papá nunca aprendió a escribir ni matemáticas, pero conocía las fases de la luna. Sabía que en luna llena se puede sembrar casi todo; que en menguante no se debe sembrar nada, solo se deshierba y se hacen quemas.

Sabía que para que un pie de planta creciera fuerte había que hacerle mantenimiento todos los días y así no tendría plagas. Era preciso limpiar los alrededores del tallo de cualquier planta, formando montículos de tierra. Igualmente, era necesario regarla todos los días para que creciera fuerte. Cuando se enfrentaba a algún problema de los sembrados, mi papá se acostaba en la tierra con un oído apoyado en el suelo para decidir qué hacer, qué usar, dónde avanzar y dónde retroceder.

Como un médico buscando el corazón.